

El terremoto del año de 1812 y nuestra Independencia

El 26 de marzo fenecido se cumplieron cien años del pavoroso cataclismo que arruinó á varias de las principales Provincias de Venezuela, pereciendo 10.000 habitantes de la ciudad de Caracas. (Baralt y Díaz).

Avivadas las pasiones políticas, en virtud de la expedición realista que en dicho año marchó desde Coro capitaneada por Domingo de Monteverde y el cura de Siquisique, Pbro. Andrés Torrellas, los enemigos de la República explotaron con holgura el siniestro suceso, especialmente los sacerdotes fanatizados en la servidumbre á la monarquía, los cuales convirtieron la cátedra sagrada en tribuna de propaganda adversa á la Causa de la Independencia, soplando en los oídos de los obtusos y de los timoratos, que aquel cataclismo lo había descargado Dios para ejemplar escarmiento de esta ciudad rebelde é impía, en justo castigo al crimen que había cometido acaudillando los dos grandes movimientos revolucionarios del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811, desconociendo así la autoridad *paternal* de Fernando VII, *el filósofo cristiano y el más amado de los monarcas*.

Tan sugestionados estaban los medrosos por estas prédicas blasfemas, que no surtía ningún efecto la palabra reposada y persuasiva de los sacerdo

tes de recto juicio. «En vano—dice el historiador Restrepo—éstos manifestaron en sus sermones, como también los diferentes gobiernos en disertaciones que se publicaron por la imprenta, que el terremoto era un efecto natural, que nada tenía que hacer con la Independencia y los demás cambios políticos de Venezuela, los cuales de ningún modo podían influir en que temblara la tierra. Fueron más poderosos que la verdad los errores que difundían el clero y otros ilusos partidarios de la España, cuyo letal influjo causó por todas partes los más funestos resultados.»

Para dar una idea de cómo latía en los corazones el vivo sentimiento del amor á la Patria, le cedemos la palabra al implacable realista José Domingo Díaz, célebre denostador de los patriotas en la *Gaceta* y autor exacerbado de la *Rebelión de Caracas*, cuyas referencias, tomadas de este último libro, merecen ser tenidas en consideración, en cuanto puede ser sincero, por haber sido él testigo presencial de los hechos que narra.

Después de hablar Díaz de la toma de la plaza de Carora por Monteverde y de los excesos que allí cometieron las tropas realistas, dice:

«En estos mismos días y circunstancias, acontecimientos de otros géneros cambiaron la faz de todos los negocios; y aquel Dios que regla á su voluntad, y por su infinita sabiduría, el orden de la naturaleza, descargó el brazo de su justicia sobre el territorio de la culpable Caracas.

«El Jueves santo 26 de marzo de 1812 el ejército sedicioso de Venezuela constaba de 5.000 hombres, dividido en dos cuerpos: uno de 3.000 llamado *ejército de operaciones*, y otro de 2.000 conocido con el nombre de *reserva*. El primero estaba situado en las ciudades de San Felipe, Barquisimeto y Mérida, formando una línea de más de ochenta leguas; y el segundo estaba concentrado en Caracas y La Guaira. Las provincias de Barcelona y Cumaná tenían igualmente un cuerpo de 2.500 hombres

que habían marchado para subyugar á la capital de la Guayana, sostenidos por 32 buques armados que seguían su marcha por el Orinoco. A las doce de aquel día este cuerpo estaba á la vista de Angostura y de los fieles guayaneses que lo esperaban. A las tres comenzó la batalla.

«Eran las 4: el cielo de Caracas estaba extremadamente claro y brillante: una calma inmensa aumentaba la fuerza de un calor insostenible: caían algunas gotas de agua sin verse la menor nube que las arrojase; y yo salí de mi casa para la Santa Iglesia de Catedral. Como cien pasos antes de llegar á la plaza de San Jacinto, convento de orden de Predicadores, comenzó la tierra á moverse con un ruido espantoso: corrí hacia aquella: algunos balcones de la casa de Correos cayeron á mis pies al entrar en ella: me situé fuera del alcance de las ruinas de los edificios, y allí ví caer sobre sus fundamentos la mayor parte de aquel templo; y allí también entre el polvo y la muerte ví la destrucción de una ciudad que era el encanto de los naturales y de los extranjeros.

«A aquel ruido inexplicable sucedió el silencio de los sepulcros. En aquel momento me hallaba solo en medio de la plaza y de las ruinas: oí los alaridos de los que morían dentro del Templo: subí por ellas y entré en su recinto. Todo fué obra de un instante. Allí ví como cuarenta personas, ó hechas pedazos, ó prontas á espirar por los escombros. Volví á subir las, y jamás se me olvidará este momento. En lo más elevado encontré á Don Simón Bolívar que en mangas de camisa trepaba por ellas para hacer el mismo examen. En su semblante estaba pintado el sumo terror, ó la suma desesperación. Me vió y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: «*Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca.*» La plaza estaba ya llena de gente que lanzaba los más penetrantes alaridos. Volví á mi casa, tomé mi familia, y la conduje á aquel sitio.

« Poco tiempo después de estar en ella se dió una prueba pública del delirio revolucionario. (1) Mientras que el R. P. Prior de los Dominicos, puesto sobre una mesa en medio de la multitud asombrada y llorosa, pronunciaba una vehemente oración; mientras que el Doctor Don Nicolás Anzola, Regidor del 19 de abril, pedía de rodillas y á gritos perdón al señor Don Fernando VII; mientras que todos estábamos mirando nuestros sepulcros abiertos á nuestros pies, se presentó el mayordomo de los hospitales, Don Rafael de León, con el semblante más risueño que he visto jamás, felicitando á todos *por haber tan patentemente declarado Dios su voluntad destruyendo hasta las casas hechas por los españoles.* ¡Ceguedad extrema, y estado propio del espíritu cuando está apoderado del delirio de independenciam!

« Aquel movimiento eléctrico corrió en cuatro segundos y en todas direcciones un espacio de 200 leguas. Las ciudades de San Felipe, Barquisimeto y Mérida cayeron por sus fundamentos, y pereció una gran parte de sus habitantes, y de las tropas acantonadas en ellas. Los pueblos de La Guaira, Maiquetía y Chacao tuvieron igual suerte; la mi-

[1] Bolívar, en medio de la universal consternación, conservó su presencia de ánimo. Desoyendo los ruegos de sus amigos que temblaban por su vida, y sin parar mientes en la creciente furia del populacho, corrió á la plaza donde el furioso frenesí de un monje exaltado había atraído gran número de devotos aterrados, y con voz imperiosa le impuso inmediato silencio. Si la expresión resuelta de su mirada y el tono severo que aumadó asombraron á la espantada multitud que le rodeaba, sirvió también para provocar la indignación del fanático predicador, que á su vez amenazó al intruso con la cólera del cielo si persistía en interrumpir sus predicaciones. El sordo y siniestro murmullo del auditorio manifestaba ya su resolución de servir de instrumento de la ira santa que se evocaba, cuando Bolívar, viendo al punto la crítica situación en que se había puesto y comprendiendo que una retirada no haría sino dar pábulo á la superstición y á aumentar la influencia del clero, desenvainó su espada y lanzándose sobre el improvisado púlpito arrancó de él al monje, y agerrándole le amenazó con muerte instantánea si se atrevía á resistir. Algunos soldados que se habían acercado al lugar de esta escena, animados con su ejemplo le ayudaron á dispersar la multitud. Este paso resuelto tuvo saludables resultados, conteniendo por lo pronto las terribles consecuencias del descontento popular atizado por el fanatismo y dió ánimo al Gobierno para dictar medidas adecuadas á calmar la excitación producida por el celo imprudente y pernicioso del clero. [Narraciones de O'Leary].

tad de las casas de la ciudad de Caracas vino á tierra, y la otra mitad quedó inhabitable, ó poco menos de serlo, y el resto de los pueblos tuvo también señales sensibles de la violencia del meteoro.

«El Templo de la Trinidad de Caracas, que sobre robustísimos pilares sostenía una enorme bóveda, estaba situado en la parte septentrional y en lo más elevado de su gran plaza. En el extremo opuesto de ella se hallaba situada aquella misma horca en que en ocho meses antes habían sido colgados los cadáveres de los fusilados en julio. Este templo inmediato al gran cuartel veterano era la Iglesia castrense, y en el pilar de una capilla llamada de *Los Remedios*, destinada al servicio eclesiástico de los militares, estaba pintado el escudo de las Reales armas de España. Este templo cayó sobre sus mismos fundamentos: fué un hundimiento: ni una pequeña piedra salió fuera de su área, y sólo un gran pedazo de uno de aquellos pilares saltó con la violencia de la caída, rodó por la plaza en dirección á la horca, tropezó con ella, y la derribó. Sólo quedó en pié el pilar de las armas que se descubrían desde todas partes por sobre aquel montón de ruinas.

«El batallón veterano había sido reformado: las compañías de fusileros eran compuestas de americanos, y la de granaderos de todos los españoles europeos que anteriormente estaban repartidos en aquellas. Era costumbre hallarse esta compañía por la solemnidad de aquel día en la puerta de la santa Iglesia de Catedral, y en la procesión de la tarde. Esto la salvó; mucha parte de las demás, y de la artillería y zapadores que pasaban lista en el Cuartel, perecieron bajo sus ruinas.

«El Gobierno se reunió á las cinco de la tarde en la plaza de Catedral para tomar providencia en aquella calamidad espantosa, y la primera que tomó, fué la más propia para consumir la desgracia. Dispuso que se abandonase la ciudad por todos sus habitantes, situándose en sus inmediaciones, é hizo

así entregar la fortuna de todos á un enjambre de ladrones que en aquella noche robaron cuanto quisieron en las casas abandonadas, y en los templos medio arruinados.

«Al principio de la noche llegó al Gobierno, así la noticia de los enérgicos sermones predicados por la tarde en la plaza de los Dominicos, de que ya he hablado, y en el atrio del oratorio de San Felipe Neri, por el presbítero Don Salvador García Ortigosa, de aquella Congregación, como la de la conmoción general que existía con el acontecimiento del pilar de la Trinidad, el cual unido á las demás circunstancias expresadas hacían temer una explosión.

«El Gobierno presidió por Francisco Miranda, mandó fusilar inmediatamente aquellos dos eclesiásticos y á derribar el pilar; pero la ejecución de lo primero quedó sin efecto por el temor del mismo pueblo, y para lo segundo no hubo quien se atreviese á ejecutarlo. Entonces se publicó aquella impía proclama que fué el escándalo de todos.

«El metcoro se sintió terriblemente en el campo de batalla de Angostura, y produjo efectos contrarios en los ejércitos que batallaban. Las armas de S. M. cobraron un aliento incomparable, mientras que de los sediciosos se apoderó el terror y el desaliento. Cada partido creyó en él, como el pueblo de Caracas, un castigo del cielo al crimen de la rebelión. El ejército sedicioso fué enteramente deshecho, y su escuadra quemada, destruida ó apresada sin escaparse con alguna cosa por la de Guayana, mandada por europeos y americanos, capitanes ó patronos de buques mercantes, y mucho menor en el número y en la fuerza de los buques.»
